



*José Antonio Marina*  
***Aprender a vivir***

¿Se puede enseñar a vivir? Resulta llamativo que las personas directamente implicadas en tareas educativas —padres y docentes— sean las más escépticas acerca de esa posibilidad. Lo que en abstracto parece evidente —la influencia de la educación— resulta menos claro cuando se desciende a los casos concretos. En muchas ocasiones no se ve la relación directa entre el comportamiento de los educadores y los resultados obtenidos: «¿Qué he hecho mal?» es una pregunta que surge una y otra vez en la cabeza de padres angustiados. La meta de la educación es ayudar a formar personalidades inteligentes, es decir, que estén en buenas condiciones para llevar una vida feliz y digna. Para ello tenemos que desarrollar los recursos personales del niño o del adulto.

Este es un libro de psicología emergente, de pedagogía optimista, científico, práctico y bienhumorado, que estudia la formación de esa personalidad, y que se opone a una visión trágica de la educación. Propone un gran modelo educativo, poético y sensato. Los padres solos no pueden educar, ni tampoco la escuela. Nunca lo han hecho. Siempre ha sido la sociedad la que ha educado a través de ellos. En cambio, en este momento, parece que tienen que educar contra la sociedad. Por eso se sienten desbordados. Necesitamos una movilización educativa de la sociedad civil. Lo más sabio que se ha dicho en pedagogía es el proverbio de una tribu africana: para educar a un niño hace falta la tribu entera. La conclusión de esta obra es clara: se puede aprender —o reaprender a vivir—. ¿Nos decidiremos a hacerlo? Esto es ya tu problema.

*A María*

## PRÓLOGO

La experiencia, larga de dieciocho años, de la FAD en la prevención de las conductas de riesgo en la juventud, y muy específicamente en relación con los problemas derivados de los consumos de drogas, nos ha aconsejado centrar nuestros mayores esfuerzos dentro del proceso educativo, intentando utilizarlo en toda su extensión, y desde su inicio en la etapa infantil, como el instrumento más eficaz para proteger a nuestra juventud, no sólo de los riesgos de los consumos, sino también de culturas basadas en la violencia, el racismo o la intolerancia.

Y desde estas reflexiones, hace tiempo que la FAD advirtió la necesidad de disponer de una cartografía capaz de reflejar con suficiente autoridad y competencia las tendencias, hallazgos y experiencias actuales dentro del complejo mundo de la educación. Una cartografía que sirviera de apoyo significativo a maestros y educadores, cuyo papel y trascendencia se verían así reforzados y completados en el proceso interactivo que la educación de nuestros días reclama, como primera garantía de excelencia y eficaz protección de nuestra juventud frente a los riesgos evidentes de unos comportamientos excesivamente basados en la exaltación a ultranza de la competitividad.

José Antonio Marina, filósofo humanista en la vocación, y científico transdisciplinar en el método, que viene colabo-

rando con nuestra institución desde hace años, ha querido salir al encuentro de esta carencia documental, ofreciéndonos en este libro un auténtico corpus de doctrinas y experiencias educativas en el mundo de nuestros días.

Para la FAD esta obra ofrece un magnífico ejemplo de sintonía entre su autor y nuestra institución. Porque en nuestras campañas de sensibilización social repetimos con insistencia que «la educación lo es todo», y constantemente recordamos el título del nuevo libro de Marina cuando afirmamos, refiriéndonos precisamente a nuestros niños y jóvenes, que «si no le has enseñado a vivir, no le has enseñado nada».

Nos sentimos, en consecuencia, profundamente agradecidos y solidarios con el ingente e inteligente trabajo desarrollado por el Profesor Marina para ofrecernos, dentro de un escrupuloso orden en la presentación de los contenidos y una claridad conceptual encomiable en los análisis y comentarios, este magnífico inventario, actualizado y extenso, de la situación y predicamento de las ciencias de la educación en el mundo entero. Ello a partir de los autores, textos y publicaciones más sobresalientes en esta compleja especialidad, cuya utilidad se acrecienta notablemente y cuyas conclusiones nos implican a todos. José Antonio Marina gusta recordar en este sentido el viejo proverbio africano que proclama que «para educar a un niño hace falta la tribu entera».

Catedrático de Filosofía y Doctor *honoris causa* por la Universidad Politécnica de Valencia, el Profesor Marina ha venido publicando, con éxito y galanura literaria, diversos libros sobre la teoría de la inteligencia, la fenomenología, la psicología genética, la neurología y la lingüística, temas que ha estudiado con intensidad y provecho evidente durante los veinticinco últimos años de su prolífica vida profesional. La influencia social de sus obras nos permite hoy considerarle como uno de los pensadores españoles más sugerentes y sobresalientes.

El reciente llamamiento de José Antonio Marina «a una gigantesca movilización educativa» para que los jóvenes del futuro más cercano puedan contribuir a mejorar nuestra sociedad tampoco es ajeno a los esfuerzos preventivos de la FAD. Ni lo es su recomendación para que «eduquemos a los niños para formar buenas personas, no para obtener ingenieros». Conviene precisar, tanto en el contexto de los trabajos del filósofo toledano, como desde la sintonía de nuestra institución con las preocupaciones de José Antonio Marina, que ello no implica rechazo alguno a la ciencia y la tecnología sino, simplemente, una sugerente ordenación ética de los valores de nuestras sociedades actuales.

Escrito con la elegancia, la precisión y la brillantez de análisis a los que José Antonio Marina nos tiene acostumbrados, *Aprender a vivir*, libro en el que la FAD se siente altamente implicada, ha de conseguir un importante impacto social.

Dado que en la FAD consideramos la capacitación educativa desde la etapa infantil como pieza clave del futuro desarrollo personal en la tolerancia, la solidaridad, el autocontrol, la autoestima y el respeto al propio cuerpo, nada más útil y oportuno en estos momentos y con estos propósitos que *Aprender a vivir*, para formar y proteger a nuestra juventud contra los riesgos permanentes de una cultura en la que los consumos problemáticos de drogas, la violencia y la intolerancia nos enseñan cada día sus garras.

José Antonio Marina puede, en este contexto, sentirse orgulloso de su libro. Y la FAD, al agradecerle una vez más su sintonía y colaboración entusiasta con nuestra institución, puede sentirse también un poco más feliz e ilusionada al implicarse de alguna manera en sus propósitos.

José Ángel Sánchez Asiaín

*Presidente de la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.*

## INTRODUCCIÓN

Este libro se enmarca en la campaña emprendida por la FAD con el lema *Enseñar a vivir. La educación lo es todo*. Retoma así una venerable tradición que considera la escuela como «maestra de la vida».

Pero ¿no estaremos siendo unos optimistas recalcitrantes? ¿Es posible enseñar a vivir? Resulta llamativo que las personas directamente implicadas en tareas educativas —padres y docentes— sean con frecuencia escépticas acerca de esta posibilidad. Lo que en abstracto parece evidente —la influencia de la educación— resulta mucho menos claro cuando se desciende a los casos concretos. En muchas ocasiones no se ve una relación directa entre el comportamiento de los educadores y los resultados obtenidos. ¿Qué he hecho mal? Es una pregunta que renace una y otra vez en la cabeza de muchos padres angustiados. Otros tantos se declaran impotentes para educar y transfieren la responsabilidad a la escuela. A su vez, la escuela se declara también impotente y devuelve la responsabilidad a los padres. Y ambos, igualados en esa impotencia, acaban por echar la culpa a la televisión. Cuando llega su turno de excusas, las empresas de televisión dicen que ellas dan lo que el público pide, y devuelven una vez más la pelota al campo de juego<sup>[1]</sup>. La situación puede tornarse aún más confusa, pues, para muchos intelectuales, la idea de que la educa-

ción lo puede todo incita al totalitarismo. Los grandes dictadores han imaginado siempre una ingeniería educativa capaz de construir un hombre nuevo, lo que les servía de excusa para todo tipo de atropellos<sup>[2]</sup>. Así anda el patio.

Este libro pretende contestar a tres preguntas:

- ¿Qué quiere decir «enseñar a vivir»?
- ¿Puede realmente enseñarse?
- ¿Quién, cómo y cuándo debería hacerlo?

Todas las actividades creadoras —y vivir podría ser una de ellas— plantean dificultades parecidas: ¿Se puede enseñar a escribir o a inventar o a querer? Con ayuda de mis colaboradores he revisado la bibliografía más digna de crédito. Hemos estudiado muchas teorías contradictorias, muchos enfoques sugerentes pero poco sistemáticos, y, aprovechando todos estos datos, voy a proponer un modelo ajustado a la realidad o al menos a la realidad de lo que sabemos. Acerca de estos temas hay que hablar utilizando la mejor información posible, contrastándola y criticándola, sin sacar conclusiones precipitadas, porque lo que se dice puede afectar dramáticamente la vida de muchas personas. Es fácil aducir ejemplos. No hace mucho tiempo que un psiquiatra de fama, Bruno Betelheim, todavía consideraba que el autismo, una enfermedad de origen genético, estaba provocado por una falta de atención de las madres, lo que produjo culpabilizaciones injustificadas y trágicas. Watson, el fundador del conductismo, escribió un influyente manual para la educación de los niños en el que se recomendaba a los padres que prestaran a sus hijos la mínima atención y el mínimo cariño. Si se consuela al niño que llora se le premia por llorar, con lo que se fomenta el berrido. Tal vez como reacción, en 1946 Benjamin Spock publicó su famosísimo manual *Baby and Child Care*, recomendando actitudes indulgentes. La situación de confusión ha llegado a tal punto que acabo de leer en un libro especializado: «Ac-



tualmente muchos expertos están recomendando la reintroducción de pautas de educación moral en la educación de los hijos», lo que supone que durante años otros expertos han recomendado que no se introdujeran pautas de educación moral en la crianza<sup>[3]</sup>. Padres y educadores se sienten confusos ante mensajes contradictorios o bajo la presión de consejos que convierten la educación en una tarea para sofisticados técnicos o para héroes. No me extraña que la Sociedad para la Investigación del desarrollo psicológico de los niños indique que «se debe proceder con suma prudencia al publicar resultados, emitir evaluaciones o dar consejos<sup>[4]</sup>».

Hay muchos temas polémicos —el determinismo genético, la influencia que ejerce sobre el futuro del niño el divorcio de los padres o que la madre trabaje fuera de casa, las guarderías infantiles, la educación sexual, la custodia de menores, etc.—, temas sobre los que muchas veces se argumenta basándose en investigaciones interpretadas de forma descuidada y deliberadamente exagerada. A veces, acontecimientos externos a la educación, por ejemplo conflictos judiciales, demuestran la necesidad de una exquisita prudencia. Un ejemplo más. En 1994, Jennifer Ireland se vio mezclada en una polémica a cuenta de la custodia de su bebé. Poco después de que naciera su hija Miranda, Jennifer y su marido se separaron. Ella se fue a estudiar a la Universidad, residía con su hija en una casa del campus y la llevaba todos los días a la guardería universitaria. El exmarido, que aún vivía con sus padres, reclamó la custodia del bebé, arguyendo que estaría mejor viviendo con sus abuelos y con él. ¿Cuál cree usted que hubiera sido la solución preferible? El juez atendió la demanda y dictaminó que era mejor para el bebé permanecer en una casa con su padre y su abuela, que estar todas las mañanas en una guardería. La American Civil Liberties Union defendió que «la sentencia debía ser anulada, o provocaría oleadas de preocupa-

ción a todos los padres que trabajan y utilizan las guarderías». En 1995, la Corte de Apelación anuló la orden del juez, sosteniendo que no hay pruebas convincentes de que las guarderías sean necesariamente menos beneficiosas para el niño que permanecer en su casa. Un conflicto de derechos había exigido una comprometida toma de posición sobre un tema controvertido.

Este libro no es un tratado de psicología evolutiva, sino, en todo caso, un esbozo de *psicología emergente*. Me gustaría narrar la emergencia de una personalidad a partir de estructuras biológicas y sociales, la gran novela de la infancia. En las últimas dos décadas ha cambiado mucho el modo de estudiar el desarrollo infantil. Ahora se considera un proceso que comienza en la biología y acaba en la moral, cosa que resulta, cuando menos, sorprendente<sup>[5]</sup>. La psicología evolutiva se convierte irremediabilmente en evaluativa al hablar de educación. Por otra parte, ya nadie piensa que estemos en un terreno de causalidades lineales, donde cada causa produzca un efecto inexorable, de tal modo que si los padres hacen A va a resultar B. La personalidad del niño es la conclusión de un entramado de influencias ajenas y de iniciativas íntimas, un terreno de causalidades múltiples, de interacciones complejas, donde el recién nacido es protagonista de su propio desarrollo, cambia su entorno familiar y es cambiado por él, donde la sociedad, a su vez, determina el entorno familiar, ampliando o restringiendo sus posibilidades. Genes, creencias, estructuras sociales, influencias económicas, presiones culturales, miedos, expectativas, tejen un tupido cañamazo sobre el que aparecerá el dibujo de la personalidad infantil.

Atención: Esta índole compleja, interactiva de la realidad psicológica y social, nos va a obligar —al lector y a mí— a usar un modo especial de pensar. Lo llamaré *pensamiento sistémico*. Es el apropiado para comprender los sistemas de relaciones que interactúan entre sí. Por ejemplo, la historia de una familia no es la agregación de las historias

de sus miembros, sino el flujo de relaciones, influencias mutuas, choques, encuentros, que hay entre ellos. Una acción, un suceso, produce un reajuste de las relaciones. Por ejemplo, cuando nace un niño lo que existe no es una suma: dos padres más un niño. Lo que surge es una realidad absolutamente distinta, un nuevo sistema, que rediseña todo: forma de vida, expectativas, sentimientos, posibilidades. Para contar este sistema de interacciones no basta con conocer lo que la ciencia ha ido descubriendo. Se necesitaría además el talento para describir la complejidad que han tenido los grandes novelistas, Dostoievsky, Tolstoi, Thomas Mann, Proust, Sartre, por ejemplo. A la espera de que aparezca el genio que unifique habilidades tan diversas, que escriba esa conmovedora epopeya, haré lo que pueda. *Aun a riesgo de ser pesado, le recordaré muchas veces este inevitable estilo de pensamiento sistémico.* Ni siquiera en el mundo físico podemos estudiar la causalidad como la relación entre fenómenos aislados. Todo acontecimiento concreto —el despegue de un avión— se da en una situación concreta, pero sometida a las leyes del campo —gravitatorio, electromagnético, etc.—. Pues bien, todos nuestros comportamientos suceden en un *campo social*. Por eso deberemos continuamente saltar del individuo a la colectividad, para desde allí volver al individuo. Y otra vez a empezar. Ortega lo dijo simple y bellamente: Yo soy yo y mi circunstancia. Pues eso.

Del argumento de este libro se saca una consecuencia de gran relevancia social. Los padres solos *no pueden educar a sus hijos*, hagan lo que hagan, porque no pueden protegerlos de otras influencias muy poderosas. Los docentes solos *no pueden educar a sus alumnos*, por la misma razón. La sociedad *tampoco puede educar a sus ciudadanos*, sin la ayuda de los padres y del sistema educativo. La intervención de padres y maestros es imprescindible, pero todos debemos conocer sus limitaciones y reconocer que, en la tupida red de influencias en que vivimos, todos ejercemos

una influencia educativa, buena o mala, por acción o por omisión. Vivimos haciendo surf en la cresta de una ola que procede de manes muy distintos. No podemos andar con paños calientes. Si queremos educar bien a nuestra infancia, es decir, educarla para la felicidad y la dignidad, es imprescindible una movilización educativa de la sociedad civil, que retome el espíritu del viejo proverbio africano: «Para educar a un niño hace falta la tribu entera».

Nos equivocáramos si contemplásemos esta tarea como una carga, en vez de interpretarla como una posibilidad de salvación. A excepción de algunas personas embrutecidas, todos sentimos una generosidad acaso inesperada ante un niño, una ternura que desarma la aspereza que con minuciosidad de orfebres feroces nos hemos construido. Los psicólogos, con una expresión seca, nos dicen que los hombres aumentan su deseo de solidaridad después del nacimiento de un hijo<sup>[6]</sup>. Deberíamos aprovechar esta llamada sentimental a la nobleza. Por ello, propongo una *revolución desde la infancia*, que apueste por una idea sencilla y radical: una buena manera de adecentar el mundo es empeñarse en que los niños tengan una vida lograda, noble y feliz. Esta revolución desde la fuente nos beneficiaría también a los adultos.

Soy optimista, tal vez porque los profesores tenemos que serlo forzosamente, pero no estoy solo en esta propuesta. Como ha señalado Eibl-Eibesfeldt los niños pueden ser, en este momento, los únicos vinculadores. Recuerdo que en plena guerra fría, cuando se convivía con una crónica amenaza de guerra caliente. Freemont-Smith, uno de los participantes en una conferencia de paz con la Unión Soviética, se preguntaba qué interés común podría unir a los grupos humanos por encima de sus diferencias. Concluyó que era la protección de la infancia. «Si las naciones estuvieran de acuerdo en proteger a los niños de los demás, todos podrían salvarse». Se trata de implantar, como expondré en las conclusiones, una *civilización del cuidado*, una

*matemalización* de la sociedad, que sería la civilización verdaderamente humana.

Esta revolución me parece, además, urgente. Estamos haciendo un mundo muy hostil para los niños y los jóvenes. En Estados Unidos, el país más desarrollado y más influyente en la actualidad, el 52% de las muertes de niños entre los 5 y los 14 años, y el 80% de los comprendidos entre 15 y 19, se deben a causas violentas, incluidos el homicidio y el suicidio<sup>[7]</sup>. En Ontario (Canadá), más del 18% de niños en edades comprendidas entre los 4 y los 16 años padecen desórdenes psiquiátricos<sup>[8]</sup>. En otros países occidentales estamos confiando en la capacidad de adaptación de los niños hasta extremos peligrosos. Aumenta el maltrato infantil, el mundo se sobrecoge con el descubrimiento de redes de pederastia, no disminuye el consumo de drogas. Asistimos impasibles a las estadísticas de niños que mueren de hambre. Estamos obligando a la infancia a enfrentarse, sin recursos, con un mundo adulto que oscila entre la tarjeta de crédito y la brutalidad. Y los que sobreviven aprenden, ciertamente, nuestras mil codicias y nuestro furor.

Volvamos a esta obra. Mi pretensión ha sido hacer un libro científicamente fundado, útil para los especialistas en psicología o pedagogía infantil, pero que lo sea también para las personas preocupadas por la educación, como son los padres y los docentes. Por eso he separado el texto de las notas bibliográficas. El libro puede, por lo tanto, leerse en dos niveles. Sugiero a los no especialistas que lean el texto principal y consulten las notas únicamente para aclarar o confirmar un asunto que les interese especialmente. Gran parte de este libro está fundado en los resultados de otros libros míos, sobre todo *Teoría de la inteligencia creadora*, *El misterio de la voluntad perdida*, *Ética para náufragos*, *El laberinto sentimental*, y *La lucha por la dignidad*. Hasta donde he podido, he atendido a los procesos de educación y de formación de la personalidad en otras cul-

turas, ya que cunde la sospecha de que tal vez parte de las teorías psicológicas vigentes sólo sean adecuadas para la mentalidad occidental. Los temas van anunciándose primero y retomándose después, en una didáctica expansiva.

Me gustaría que fuera un libro bien humorado y lleno de admiración. Ya sé que la ciencia no debe expresar sentimientos, pero el científico sí. Y conviene recuperar el asombro, la alegría y el ánimo ante un niño que nace, y al que vamos a acompañar en su desarrollo. Necesitamos quitar dramatismo y desesperanza a la tarea educativa, para evitar que se acabe cumpliendo la profecía que enuncian esos pesimistas. Los niños ya no vienen con el pan bajo el brazo, como decía el refrán popular<sup>[9]</sup>, pero también sabemos que no vienen con instrumentos de tortura, como muchos parecen suponer.

Por último, es un libro que pretende tener una consecuencia práctica. En él se presentan los fundamentos teóricos de un modelo de educación que, para abreviar, llamaré *modelo FAD*, reconociendo así el origen del proyecto. Sus aplicaciones concretas pretendo recogerlas en tres cuadernos de bitácora para padres, cuidadores de guardería y maestros, que se publicarán próximamente. Además, una parte importante de la bibliografía usada en esta obra o de la que vaya apareciendo, estará resumida y al alcance de todos en [www.movilizacioneducativa.es](http://www.movilizacioneducativa.es), página que servirá como lugar de encuentro para los interesados en el proyecto.

Un antiguo poema japonés dice algo que debería conmovernos a todos los que nos dedicamos a la educación:

*¿Me preguntáis cuál es la suprema felicidad  
aquí abajo?*

*Escuchar la canción de una niña que se aleja  
después de haberos preguntado el camino.*

Me asalta una duda: ¿habría sabido indicárselo? Ésta es mi respuesta.